

## PRESENTACION DEL «ZARATUSTRA» DE NIETZSCHE

1.883 - 1.983

«Una cosa soy yo, otra cosa son mis escritos. Antes de hablar de ellos tocaré la cuestión de si han sido comprendidos o in-comprendidos. Lo hago con la negligencia que, de algún modo, resulta apropiada, pues no ha llegado aún el tiempo de hacer esa pregunta. Tampoco para mí mismo ha llegado aún el tiempo, algunos nacen póstumamente. Algún día se sentirá la necesidad de instituciones en que se viva y se enseñe como yo sé vivir y enseñar, tal vez, incluso, se creen entonces también cátedras especiales dedicadas a la interpretación del *Zaratustra*.» (2). Con estas proféticas palabras comenzaba Nietzsche el apartado «Por qué escribo tan buenos libros» de su autobiografía especialísima *Ecce Homo*, y en estas fechas en que se cumple el primer centenario de la publicación de la primera parte de su máximo libro *Así habló Zaratustra* nosotros le rendimos homenaje porque sus enseñanzas nos resultan imprescindibles. Quien fue maestro de la interpretación requiere a su vez que le reinterpretemos, y en esa tarea infinita bien podemos empezar por la narración escueta del **contexto** en el que se engendró la enigmática obra que celebramos.

Ha sido el propio Nietzsche quien nos ha contado con suficientes detalles la historia del *Zaratustra*. Su lenta gestación tiene tres fechas significativas: la **primavera del año 1881, el mes de agosto de 1.881 y el mes de febrero de 1.883**. El segundo intermedio, tan extenso, está repleto por su parte de inolvidables acontecimientos. Vamos a relatar todo el proceso, cediéndole la palabra a su autor en la medida de lo posible.

«En una pequeña localidad termal de montaña, no lejos de Vicenza, en REcoaro, donde pasé la primavera del año 1881, descubrí juntamente con mi **maestro** y amigo Peter Gast, también él un «renacido» (en el arte de **oir**), que el fénix Música pasaba volando a nuestro lado con un plumaje más ligero y más luminoso del que nunca había exhibido» (3). Este breve apunte sobre la **génesis musical** del *Zaratustra* es muy significativo, aunque suele pasarle al lector casi desapercibido. Tiene una gran importancia a la hora de analizar el «género literario» de su extraño libro, y es el mismo Nietzsche quien nos lo indica con esta crucial afirmación: «Acaso sea lícito considerar al *Zaratustra* entero como música; ciertamente una de sus condiciones previas fue un renacimiento en el arte de **oir**» (4). Esta frase insinúa una serie de guiños que debemos explicitar. Recoaro es una localidad termal que había sido muy frecuentada por célebres músicos italianos, algunos de los cuales gozaban de la explícita simpatía de Nietzsche. En Recoaro residieron Rossini, Bellini, Donizetti, etc., y él mismo pasó allí un par de meses en compañía de otro músico, su discípulo Peter Gast. Esta doble referencia musical se encuentra en el texto de *Ecce Homo* unas páginas antes: «yo no sabía pasarme sin Rossini y menos aún sin lo que constituye mi sur en la música, la música de mi **maestro** veneciano **Pietro Gasti**.» (5). Ahora bien, la confesión aquí escondida no hace sino retomar uno de los ejes centrales de la estética nietzscheana, que ya puede rastrearse con idéntico paralelismo en sus obras de juventud. Valga este botón de muestra, cuya transcripción no necesita comentarios: «Acerca del proceso de su poetizar **Schiller** nos ha dado luz mediante una observación psicológica que a él mismo le resultaba inexplicable, pero que, sin embargo, no parece dudosa; Schiller confiesa, en efecto, que lo que el tenía ante sí y en sí como estado preparatorio previsto al acto de poetizar no era una serie de imágenes, con unos pensamientos ordenados de manera causal, sino más bien un **estado de ánimo musical** («El sentimiento carece en mí, al principio, de un objeto determinado y claro; este no se forma hasta más tarde. Prece-

de un cierto estado de ánimo musical, y éste sigue después en mí la idea poética»). (6).

El verano de 1881 es, sin duda, un momento decisivo en la biografía de Nietzsche, de enormes repercusiones en su filosofía. «La concepción fundamental de la obra, el **pensamiento del eterno retorno**, esa fórmula suprema de afirmación a que se puede llegar en absoluto, -es de agosto del año 1881: se encuentra anotado en una hoja a cuyo final está escrito: «A 6000 pies más allá del hombre y del tiempo». Aquel día caminaba yo junto al lago de Silvaplama a través de los bosques; junto a una imponente roca que se eleva en forma de pirámide no lejos de Surlei, me detuve. Entonces me vino ese pensamiento». (7).

Los meses siguientes presencian la confección de un nuevo libro, umbral expreso incluso del texto del **Zaratustra**. «Al periodo intermedio (el tiempo que va de agosto del 81 a febrero del 83) corresponde **La gaya ciencia**, que contiene cien indicios de la proximidad de algo incomparable; al final ella misma ofrece ya el comienzo del **Zaratustra**; en el penúltimo apartado del libro cuarto ofrece el pensamiento fundamental del **Zaratustra**» (8). Nietzsche se refiere a los aforismos 342 y 341 de **la gaya ciencia**, respectivamente, y esos textos confirman que su libro capital se estaba gestando no solo conceptualmente -el pensamiento del eterno retorno (aforismo 341)- sino también figurativamente -Zaratustra retirándose a la montaña y hablándole al sol, al empezar su ocaso (aforismo 342)-.

El verano de 1882 es testigo del momento álgido y la subsiguiente ruptura en la relación femenina más intensa de la vida de Nietzsche, nos referimos a su amistad con Lou von Salomé. Parece que las impertinentes intromisiones de su abusiva hermana, la tristemente famosa Elisabeth, acabaron de amargar ese tenso diálogo extemporáneo del inteligente Paul Ree. En favor de sus protagonistas hay que decir que, superado el dolor inmediato de los malentendidos y la separación, tanto uno como otra tuvieron manifestaciones públicas de gran respeto y fina dignidad. En este sentido vale la pena recordar el bello libro de Lou F. Nietzsche en sus obras (primera edición, Viena, 1894) (9), y las páginas de Nietzsche en el **Ecce Homo**: «Asimismo corresponde a este periodo intermedio aquel **Himno a la vida** (para coro mixto y orquesta) cuya partitura ha aparecido hace dos años en E.W. Fritsch, de Leipzig, síntoma no insignificante tal vez de la situación de ese año, en el cual el **pathos afirmativo por excellence**, llamado por mí el **pathos trágico**, moraba dentro de mí en grado sumo. Alguna vez en el futuro se contará, ese himno en memoria mía. El texto, lo anoto expresamente, pues circula sobre esto un malentendido, no es mío: es la asombrosa inspiración de una joven rusa con quien entonces mantenía amistad, la señorita Lou von Salomé. Quien sepa extraer un sentido a las últimas palabras del poema adivinará la razón por la que yo lo preferí y admiré: esas palabras poseen grandeza. El dolor no es considerado como una objeción contra la vida: «Si ya no te queda ninguna felicidad que darme, ¡bien!, aún tienes tu sufrimiento...». Quizá también mi música posea grandeza en ese pasaje.» (10)

Ese triste otoño añadió a las rupturas definitivas con Lou y con Paul Ree el silencio epistolar con sus poco comprensivas madre y hermana. En esa gran soledad -«Todo mi **Zaratustra** en un ditirambo a la soledad o, si se me ha entendido, a la pureza... Por suerte, no a la estupidez pura. Quien tenga ojos para percibir colores, calificará al **Zaratustra** de diamantismo»- (11), Nietzsche abusa de los narcóticos, tiene ideas de suicidio, pero también escribe a sus mejores amigos que es perfectamente consciente de que la nueva forma de pensar y sentir que ha ido expresando en sus obras en los últimos años - a partir de **Humano, demasiado humano** - es la que le ha devuelto y conservado su destrozada salud. Por otra parte, añade, sabe muy bien que ha atravesado una curva durísima en su vida y que puede ahogarse si no consigue ser el alquimista que transforme ese barro en oro. (12). El texto de la primera parte del **Zaratus-**

tra es el producto de esa necesaria y vital transformación. Su contexto fue el siguiente: «El invierno siguiente, lo viví en aquella graciosa y tranquila bahía de Rapallo, no lejos de Génova, enclavada entre Chiavari y el promontorio de Portofino. Mi salud no era óptima; el invierno, frío y sobre manera lluvioso; un pequeño **albergo** (fonda), situado directamente junto al mar de modo que por la noche el oleaje imposibilitaba el sueño, ofrecía, casi en todo, lo contrario de lo deseable. A pesar de ello, y casi para demostrar mi tesis de que todo lo decisivo surge «a pesar de», mi **Zaratustra** nació en este invierno y en estas desfavorables circunstancias. Por la mañana yo subía en dirección sur, hasta la cumbre, por la magnífica carretera que va hacia Zoagli, pasando junto a los pinos y dominando ampliamente con la vista el mar; por la tarde, siempre que la salud me lo permitía, rodeaba la bahía entera de Santa Margherita, hasta llegar detrás de Portofino. Este lugar y este paisaje se han vuelto más próximos aún a mi corazón por el gran amor que el inolvidable emperador alemán Federico III, sentía por ellos; (...). En estos dos caminos se me ocurrió todo el primer Zaratustra, sobre todo Zaratustra mismo en cuanto tipo: más exactamente, éste **me asaltó...**» (13). Vencido por esa potente figura y gracias a una serie de días perfectamente puros, Nietzsche escribió el original de la primera parte de su libro hacia fines de enero en un tiempo increíble, diez días tan sólo. Esa portentosa rapidez es comprensible si se conoce la incurable grafomanía nietzscheana y si se sabe qué significado tenía para él la escritura de un libro. El filósofo germano se pasó la vida rodeado de cuadernos y de apuntes, de planes y proyectos, de citas y anotaciones. Por ejemplo, la edición de los fragmentos póstumos que se nos han conservado, desde el mes de julio de 1882, hasta el otoño de 1885, se aproxima a las 1.400 páginas impresas, y el lector debe tener en cuenta que en esta edición no van incluidas las cartas de esos meses ni tampoco los textos que Nietzsche seleccionó para la publicación y que incorporó a la trama definitiva de sus obras. Así pues escribir un libro significaba para él ceñirse a uno de los planes que había proyectado y darle acabado cumplimiento aprovechando los muchos materiales de que disponía en sus cuadernos. Los últimos días del mes de enero de 1883 asistieron, como decimos, a la composición artística y pormenorizada del primer Zaratustra, cuyo original tuvo que ser copiado a continuación para poder disponer de un manuscrito que fuera útil para el impresor. En esta ocasión fue el propio Nietzsche quien llevó a cabo esa mecánica tarea, que finalizó el mismo día de la muerte de Wagner (13 de febrero de 1883): «el parto tuvo lugar de manera repentina y en las circunstancias más inverosímiles en febrero de 1883 -la parte final, (...), fue concluida exactamente en la hora sagrada esn que Richard Wagner moría en Venecia-.» (14). Este detalle biográfico no solo recuerda la conmoción que sufrió al leer la prensa del día 14 en Génova, desde donde envió a su editor el manuscrito de su libro, sino que concuerda acabadamente con lo que antes hemos visto sobre la gestación musical del Zaratustra: «si me remonto algunos meses hacia atrás (...), encuentro, como signo precursor, un cambio súbito y, en lo más hondo, decisivo de mi gusto, sobre todo en la música» (15). La muerte de Wagner se convertía a sus ojos en la voz del destino que sellaba con su ineluctabilidad el cruce imprevisto entre el adiós definitivo del gran maestro en Venecia y el envío desde Génova del nuevo texto «musical» que pronto irrumpiría como aurora esencial.

Nietzsche reconoció en seguida que había dado a luz su mejor libro. No obstante, el estado de su salud, es endeble y muy doloroso. Por suerte, el aliento que le brindan sus mejores amigos, el buen tiempo y la preocupación por el cumplimiento de su obra le llenan de nuevas fuerzas y hasta tiene el coraje suficiente para reconciliarse con sus familiares. Se instaló en Génova y luego se desplazó a Roma, pero por poco tiempo, pues antes de que comenzara el verano había empezado también su segunda y fructí-

fera estancia en Sils-Maria, íntimamente relacionada con el **Zaratustra**. Escuchemos su propia versión de aquellos meses: «Después de esto estuve enfermo en Génova algunas semanas. Siguió luego una melancólica primavera en Roma, donde dí mi aceptación a la vida; no fue fácil. En el fondo me disgustaba sobremanera este lugar, el más indecoroso de la tierra para el poeta creador del Zaratustra y que yo no había escogido voluntariamente; intenté evadirme, quise ir a **Aquila**, ciudad antítesis de Roma, fundada por hostilidad contra Roma, como yo fundaré algún día un lugar, ciudad recuerdo de un ateo y enemigo de la iglesia **comme il faut**, de uno de los seres más afines a mí, el gran emperador de la dinastía de Hohenstanfen, Federico II. Pero había una fatalidad en todo esto: tuve que regresar. Finalmente me di por contento con la **piazza Barberini**, después de que mi esfuerzo por encontrar un lugar **anticristiano** había llegado a cansarme. Temo que en una ocasión, para escapar lo más posible a los malos olores, fue a preguntar en el mismo **palazzo del Quirinale** si no tenían una habitación silenciosa para un filósofo. En una **loggia** situada sobre la mencionada piazza desde la cual se domina Roma con la vista y se oye, allá abajo en el fondo, murmurar la **fontana**, fue compuesta aquella canción, la más solitaria que jamás se ha compuesto, la canción de la noche; por este tiempo rondaba siempre en torno a mí una melodía indeciblemente melancólica, cuyo estribillo reencontré en las palabras «muerto de inmortalidad...». En el verano, habiendo vuelto al lugar sagrado en que había refulgido para mí el primer rayo del pensamiento de Zaratustra, encontré el segundo **Zaratustra**. Diez días bastaron; en ningún caso, ni en el primero, ni en el tercero y último, he empleado más tiempo» (16). Esos afortunados días fueron los diez primeros del mes de julio.

En septiembre estuvo con su madre y su hermana en Nanmburgo. Visitó a su amigo Overbeck durante algunos días en Basilea, se instaló en Génova recordando estancias pasadas, pero sólo se sintió feliz cuando descubrió la ciudad en la que viviría los futuros inviernos, Niza. Allí, en enero de 1884, escribió el final de la tercera parte de su obra: «Al invierno siguiente, bajo el cielo alciónico de Nizza, que entonces resplandecía por vez primera en mi vida, encontré el tercer Zaratustra, - y había concluido. Apenas un año, calculando en conjunto. Muchos escondidos rincones y alturas del paisaje de Nizza se hallan santificados para mí por instantes inolvidables: aquel pasaje decisivo que lleva el título «De las tablas viejas y nuevas» fue compuesto durante la fatigosísima subida desde la estación al maravilloso y morisco nido de águilas que es Eza -la agilidad muscular era siempre máxima en mí cuando la fuerza creadora fluía de manera más abundante. El **cuerpo** está entusiasmado: dejemos fuera el «alma»... A menudo la gente podía verme bailar; sin noción siquiera de cansancio podía yo entonces caminar siete, ocho horas por los montes. Dormía bien, reía mucho, poseía una robustez y una paciencia perfectas». (17).

En alguna de sus cartas de ese invierno Nietzsche afirma que su libro contiene el prefacio, el vestíbulo, del pensamiento que podrá partir en dos la historia de la humanidad, que todo lo cambiará e invertirá y que transvalorará y devaluará todos los valores tradicionales, pero confiesa que aún está leos de poderlo enunciar. En primavera y, por culpa del «maldito antisemitismo» de su hermana, tienen una «ruptura radical». Está con Peter Gast en Venecia, deseoso de discípulos que simpaticen en profundidad y preocupado por su tarea futura. Después viaja a diversas ciudades suizas y retorna por tercera vez a Sils-Maria, en completa soledad, intentando mascar los para él mismos duros problemas de su nueva filosofía. Tras la reconciliación con la hermana en Zurich, Niza es de nuevo la residencia escogida para los meses invernales. En ella y en 1885, escribe la cuarta parte del Zaratustra. Mientras tanto, ha tenido problemas con su editor porque sus libros son una calamidad económica, y han roto sus relaciones comerciales. Para poder imprimir su nuevo libro Nietzsche se ve obligado a pedir

un préstamo a un amigo. A sus expensas edita, pues, esa última parte de su obra. La tirada tenía únicamente cuarenta ejemplares, y de ellos tan sólo siete tuvieron destinatario. No era una mera metáfora exquisita la que contenía su después célebre sentencia: «Las palabras más silenciosas son las que traen la tempestad. Pensamientos que caminan con pies de paloma dirigen el mundo» (18). En efecto, Nietzsche fue un escritor póstumo. El más opresivo silencio rodeó la primera aparición del *Zaratustra*.

Ya dijimos que el actual texto de *Así habló Zaratustra* fue precedido de múltiples microversiones, ensayos, estructuraciones, ordenamientos, etc. Asimismo, el plan general de la obra varió y se alteró muchísimo: por ejemplo, al finalizar la segunda parte Nietzsche tenía el proyecto de escribir otras cuatro nuevas partes, es decir, pensaba que su libro constaría en total de seis partes. Entre sus deseos y la realidad hubo distancias.

Los cuadernos pertenecientes a los años de gestación y escritura del *Zaratustra* constan a su vez de materiales diversos que Nietzsche utilizó en la composición de otros libros suyos. Concretamente, esos cuadernos son la cantera de la parte cuarta de *Más allá del bien y del mal*, parte que lleva por título «Sentencias e interludios», y de la casi totalidad de los poemas que forman los *Ditirambos de Dionisos*.

Hemos visto que de la redacción y edición de la tercera parte del *Zaratustra* a las correspondientes de la cuarta parte transcurrió un año. Ese lapso de tiempo, anormalmente largo si se compara con los intermedios de las partes procedentes, tiene una interesante explicación: en el invierno de 1884-1885 Nietzsche quería componer un **nuevo libro** porque consideraba *Así habló Zaratustra* como perfectamente acabado con sus tres partes, por entonces ya escritas y editadas. Eso significa que la actual cuarta parte del libro no formaba cuerpo orgánico con él, sino que constituía la parte primera de una segunda obra proyectada que hubiera debido llamarse *Melodía y eternidad*. Este título también procede del fecundo verano de 1881 en Sils-María, momento en el que Nietzsche tuvo la primera intuición del eterno retorno y la primera visión del personaje de Zaratustra. Para esa primera parte de la nueva obra ya había hasta un título: se debería llamar «La tentación de Zaratustra». Este amplio proyecto tuvo que ser abandonado, en parte, por dificultades financieras que, como sabemos, por entonces le sobrevinieron a Nietzsche, pero éste no lo descartó definitivamente sino que siempre lo quiso llevar a cabo -hasta que la enfermedad lo derrumbó en enero de 1889. Una prueba muy clara de sus intenciones es la siguiente: cuando Nietzsche reanudó relaciones con su primer editor, publicó el *Así habló Zaratustra* en 1886, cosiendo en un único tomo las tres primeras partes del libro y haciendo constar en su portada que constaba de esas tres partes. Luego, en octubre de 1888, cuando escribe el *Ecce Homo*, habla muy a menudo de su máxima obra, de la que sólo menciona esas citadas tres partes, y dice textualmente: en Niza «encontré el tercer Zaratustra y había concluido». En ningún momento hace la menor alusión a la cuarta parte del libro, por lo demás desconocida por completo por el público puesto que la tirada de cuarenta ejemplares la había convertido en una edición privada, casi podríamos decir que «secreta». Sin embargo, Nietzsche la tenía muy presente en sus planes y soñaba con que apareciese junto con otras nuevas partes, según consta en varios proyectos de hasta finales de 1888, esto es, de hasta fines de su vida lúcida y creativa. Ahora bien, desde el mes de enero de 1885 hasta el momento de su derrumbamiento Nietzsche dispuso de casi cuatro años completos para redactar esas proyectadas partes nuevas que nunca se concretaron. ¿Porqué no las escribo?. Los motivos económicos no son una respuesta convincente puesto que hubiera podido editar esas partes y no publicar como lo hizo *Más allá del bien y del mal*, el *Himno a la vida*, *La genealogía de la moral*, *El caso Wagner*, *Crepúsculo de los ídolos*, además de la reedición de sus obras anteriores, con los nuevos prólogos. En caso extremo, hubiera podido escribir

ese segundo libro que tenía a Zaratustra como protagonista y hubiera quedado como texto póstumo, pero lo bien cierto es que sólo poseemos ese muñón, ese primer fragmento acabado. Con Eugen Fink pensamos que esta inconclusión no es superficial ni accidental, sino que toca una realidad constitutiva y central de la obra nietzsche dejó diversos esbozos de una continuación, así como otros finales distintos de la obra. Estos pueden proporcionarnos, ciertamente, valiosas indicaciones de detalle para su interpretación, pero nos hacen ver también, en cierto modo, el callejón sin salida, el carácter fragmentario de su experiencia filosófica fundamental» (19). Hasta en el plano formal de los proyectos no realizados la obra capital de Nietzsche se halla en las antipodas del sistemático círculo expuesto en las palabras de las tres obras centrales de la producción hegeliana, verdadero modelo de plan cumplido. Como curiosidad podemos añadir que esa cuarta parte del Zaratustra apareció publicada en solitario en 1890 y que solamente en 1892 vio la luz la primera edición pública e íntegra del libro tal y como ha llegado hasta nosotros, esto es, con sus cuatro únicas partes completamente redactadas y acabadas, pero por entonces el pobre Nietzsche vivía ya casi cuatro años en la deplorable postración de su gravísima enfermedad.

Cada libro confeccionado por Nietzsche tiene su peculiar sabor, su artística organización interna. Esta característica se manifiesta también en cada una de las partes del Zaratustra, si bien en todas ellas hay un conjunto de rasgos comunes, que se pueden sintetizar en los tres siguientes:

A) Un **cuadro narrativo**, un argumento, un breve relato de situaciones, una historia o fábula que unifica externamente al libro y a cada una de sus partes.

B) Una serie de **discursos** de carácter didáctico, crítico y «moral», una especie de sermones, a menudo compuestos a base de retahilas de máximas, sentencias, proverbios y consejos, y

C) Una bellísima veta lírica que progresivamente se expande según lo requieren la densidad y el drama del mensaje que se desea presentar. La forman unos textos que bien podemos denominar **poemas** o poesías aunque suelen aparecer con el nombre de cantos, himnos, canciones, sonos para bailes, etc.

Así pues, si quisiéramos catalogar esta obra de acuerdo con la clasificación usual de los géneros literarios tendríamos argumentos suficientes para afirmar que contiene elementos de carácter épico, narrativo y novelesco, otros de tipo proverbial, típicas de los libros «de sabidurías», y, como hemos dicho, fragmentos eminentemente líricos. Esta -cuanto menos-, triple diversidad de componentes heterogéneos elimina de raíz la posible superficie plana del texto, que se ve sometido a fuertes tensiones, a progresivas ascensiones y descensos, a drásticos cambios de ritmo, que confieren al original alemán una calidad singular, para algunos sólo comprensible como magnífica creación de lenguaje que intrínsecamente reclama su comparación con la obra que crea y funda el alemán moderno, a saber, la extraordinaria traducción luterana de la Biblia.

El personaje principal es, evidentemente, la figura del antiguo sabio persa Zaratustra, que vivió en el siglo VI antes de nuestra era y fundó una religión cuyas doctrinas principales se hallan en los himnos del **Zenal Avesta**. Ahora bien, ¿porqué se sirvió Nietzsche de este personaje?. Ese símbolo que le asaltó, que se posesionó de él, ha sido objeto de explícita interpretación por su parte en un texto un tanto perdido y descontextualizado que se halla en el capítulo de **Ecce Homo** titulado **Por qué soy un destino**, concretamente en el párrafo número 3. Dice así: «No se me ha preguntado, pero se debería haberme preguntado qué significa cabalmente en mi boca, del primer inmoralista, el nombre Zaratustra; pues lo que constituye la inmensa singularidad de este persa en la historia es justo lo contrario de esto. Zaratustra fue el primero en advertir que la auténtica rueda que hace moverse a las cosas es la lucha entre el bien y el mal, la trasposición de lo normal a lo metafísico, como fuerza, causa, fin en sí, es obra

suya. Mas esa pregunta sería, en el fondo, la respuesta. Zaratustra **creó** ese error, el más fatal de todos, la moral; en consecuencia, también él tiene que ser el primero en **reconocerlo**. No es sólo que él tenga en esto una experiencia mayor y más extensa que ningún otro pensador -la historia entera constituye, en efecto, la refutación experimental del principio de la denominada «ordenación moral»-: mayor importancia tiene el que Zaratustra sea más veraz que ningún otro pensador. Su doctrina, y sólo ella, considera la veracidad como virtud suprema -esto significa lo contrario de la **cobardía** del «idealista», que, frente a la realidad, huye; Zaratustra tiene en su cuerpo más valentía que todos los demás pensadores juntos. Decir verdad y **disparar bien con flechas**, ésta es la virtud persa. - ¿Se me entiende?... La autosuperación de la moral por veracidad, la autosuperación del moralista en su antítesis -en mí- es lo que significa en mi boca el nombre Zaratustra» (20). Según Gilles Deleuze, esta razón es polémica. Zaratustra fue el primero en introducir la moral en la metafísica, por tanto es el que mejor está situado para denunciar la mixtificación y el error de esa misma moral. Ahora bien, este argumento no le acaba de convencer puesto que, «una razón análoga valdría para Cristo: ¿quién mejor que Cristo es apto para desempeñar el papel de anticristo... y de Zaratustra en persona? (21). Si recordamos los abundantes textos del Zaratustra que **ex profeso** componen una especie de «antievangelio» o de «antisermón de la montaña» reconoceremos que, no es razón lo que le falta al agudo pensador francés.

Martín Heidegger también se ha preguntado por este enigma y una de sus más hermosas conferencias en efecto, se titula directamente así: «**¿Quién es el Zaratustra de Nietzsche?**» (22). Esa conferencia comprime las tesis principales del curso que dictó en la universidad de Friburgo durante el semestre de invierno de 1951-52 y que forma la primera parte de uno de sus libros más queridos y menos leídos, **¿qué significa pensar?**. Allí podemos leer la síntesis de su interpretación, que dice así: «**¿Quién es Zaratustra?** Es el maestro del eterno retorno de lo mismo. La metafísica del ser del ente en el sentido del eterno retorno de lo mismo, es el fundamento que sostiene el libro **Así habló Zaratustra**. Ya en los primeros borradores para la cuarta parte y el fin de la obra, del año de 1883, Nietzsche lo dice claramente (...): «Zaratustra anuncia la doctrina del eterno retorno». Zaratustra **rebosando de la felicidad del superhombre, narra el secreto del retorno universal**». Zaratustra enseña la doctrina del superhombre por ser el maestro del eterno retorno de lo mismo. Zaratustra enseña ambas doctrinas «a la vez» (...) porque por su esencia son conexas (siete gehören zusammen). ¿Porqué son conexas?. No por ser estas doctrinas particulares, sino porque en ambas doctrinas está pensando simultáneamente (zugleich) lo que desde un principio está conexo y, debido a esto, se piensa ineludiblemente en conjunto, a saber, el ser del ente y su relación con la esencia del hombre» (23).

A Gilles Deleuze tampoco le acaba de convencer este argumento. No es que se oponga a esta tesis hermeneútica sino que no encuentra en ella fundamentos suficientes para que Nietzsche escogiera la figura de Zarátustica como su genuino portavoz: «Zaratustra no es el único profeta (del eterno retorno), ni siquiera el que presintió mejor la verdadera naturaleza de lo que anunciaba» (24). Varios presocráticos, otros sabios orientales podrían ocupar su lugar con iguales o superiores méritos. De acuerdo con su lectura de la obra de Nietzsche, el pensador francés se inclina por la «fórmula del juego»: «la tercera razón, retrospectiva pero única suficiente, es la hermosa razón del azar: «hoy he sabido por azar lo que significa Zaratustra, a saber, estrella de oro. Este azar me encanta» (Carta a Peter Gast del 20 de mayo de 1883) (25). Esta interpretación se reclama directamente del propio texto nietzscheano del **Zaratustra** y, en concreto, de uno de sus momentos más significativos y programáticos, el **Prólogo** de la obra, en donde se encuentra esta conocida y seductora sentencia: «yo os digo: es pre-

ciso tener todavía caos dentro de sí para poder dar a luz una estrella danzarina. Yo os digo: vosotros tenéis todavía caos dentro de vosotros» (26).

La acción de este azaroso y multifacético protagonista es sencilla, se puede resumir en una breve fábula. Cuando Zaratustra tiene treinta años -los mismos que tenía Jesús de Nazareth, el polo de referencia que sirve de contrapunto, cuando comenzó su «vida pública»- abandona su patria y se va a las montañas, a la soledad, y allí permanece durante diez años. Cumplido ese plazo y lleno de sabiduría, comienza a descender, a bajar a los hombres y regalarles su pensamiento que rebosa. Su predicación empieza en la plaza del mercado de una ciudad junto a los bosques, y allí sucede la trágica muerte del volatinero y Zaratustra sufre su enorme primer malentendido. Por eso opta por retirarse y por ofrecer sus discursos a individuos, no a muchedumbres. No obstante, los individuos que encuentran no están lo suficientemente despiertos como para poder escucharle como él desea. Esta es la causa de que, desde entonces, sólo hable a sus discípulos, a sus compañeros de viaje». De todos modos, tampoco se atreve a manifestarles a éstos su pensamiento más hondo y se retira con sus heráldicos animales -el águila y la serpiente-. En esta tercera tentativa se encuentra a sí mismo y halla por fin el centro neurálgico de su «buena nueva»: el eterno retorno. La cuarta parte es de menor intensidad, tanto lírica como filosóficamente; tiene caídas en lo chabacano y está sobrecargada de personajes y de alegorías, como si fuera un manuscrito medieval. Por sus páginas van desfilando las diversas especies de «nihilistas», de «hombres superiores»: el adivio, los reyes que han abandonado el trono, el concienzudo del espíritu, el mago, el papa jubilado, el más feo de los hombres, el mendigo voluntario, el viajero y su sombra, etc. De todos ellos triunfa el viejo Zaratustra de blancos cabellos. Con esos «hombres» celebra una parodia sacrilega de la última cena y la «fiesta del asno». El libro acaba con un capítulo muy bello -«el signo»- y con un conjunto de símbolos magníficos: el león, las palomas y el fuerte y ardiente sol matinal que viene de oscuras montañas. El principio y el fin del libro se unifican, pues, bajo la presencia de esa **metáfora fundamental**, el curso solar, la luz del astro rey, la aurora y el crepúsculo, el gran mediodía, y mediante esas «versiones del sol» -si queremos hablar con Bernard Pautrat-, Nietzsche cifra su mensaje balbuciente, intentando invertir al gran filósofo con el que siempre se midió, por cierto otro enamorado del sol, el filósofo ateniense Platón (27).

JOAN B. LLINARES

#### NOTAS:

- 1).- Este artículo reproduce, en parte, una de las conferencias del cursillo **Introducción a la filosofía de Nietzsche** que, como celebración del centenario del Zaratustra, organizó a finales de enero el CEM. Quede constancia expresa, pues, de su pertinente iniciativa, que tanto debe a la sabia dirección de Norberto Alcover.
- 2).- Nietzsche, Fredrich. **Ecce Homo. Cómo se llega a ser lo que se es**. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual. Madrid, 1976, 2ª Edición, pag. 55.
- 3).- Lbid. págs. 93-94.
- 4).- Ibid. pags. 93.
- 5).- Ibid. pag. 48.
- 6).- Nietzsche, Fredrich. **El nacimiento de la tragedia o Grecia y el pesimismo**. Introducción, Traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual. Madrid, 1981, 6ª

Edición, pag. 62. El texto de Schiller pertenece a su carta a Goethe de fecha 18 de marzo de 1796.

- 7).- Nietzsche, Fr. **Ecce Homo**. pág. 93. El texto completo de esa hoja, testimonio de tan decisiva «revelación» dice así:

### El retorno de lo idéntico

#### Esbozo

- 1 . La asimilación de los errores fundamentales.
- 2 . La asimilación de las pasiones.
- 3 . La asimilación del saber incluso del saber que renuncia. (pasión del conocimiento).
- 4 . El inocente. El individuo como experimento. El aligeramiento, el rebajamiento, la debilitación de la vida-transición.
- 5 . El nuevo **centro de gravedad: el eterno retorno de lo idéntico**.

Importancia infinita de nuestro saber, de nuestro error, de nuestros hábitos y modos de vivir, para todo lo venidero, ¿qué hacemos con **el resto** de nuestra vida- nosotros los que hemos pasado su mayor parte en la más esencial ignorancia?. **Nos dedicamos a enseñar esta doctrina**, - es el medio más eficaz para asimilársela a nosotros mismos. Nuestra especie de felicidad como maestros de la más grande doctrina.

Primeros de agosto de 1881 en Sils-María, a 6.000 pies, sobre el nivel del mar y mucho más alto aún sobre todas las cosas humanas. (Traducción de Sánchez Pascual).

- 8).- Ibid. pág. 94.
- 9).- Hay traducción castellana de Luis Pasamar, editada por Zero-Zyx, Madrid, 1978. Afortunadamente, en estos momentos también existe versión castellana de lo que el tiempo nos ha conservado de la célebre relación entre Nietzsche- Lou-Reé. He elaborado la selección, el prólogo y las notas el especialista germano Ernst Pleiffer. El libro se titula **Documentos de un encuentro**. Traducción de Ana M<sup>a</sup> Domenech. Barcelona Laertes, 1982.
- 10).- **Ecce Homo**, pág. 94.
- 11).- Ibid. pág. 33.
- 12).- Para todos estos datos no remitimos a la magnífica «Chronik zu Nietzsches leben vom 19. April 1869 bis 9. Janmar 1889» elaborada por Giorgio Colli y Mazzino Montinari y editada en el volumen 15 de la **Kritische Studienangabe** de las obras completas de Nietzsche, München, Berlin, New York, DTV- de gruyter, 1980.
- 13).- **Ecce Homo**, págs. 94-95.
- 14).- Ibid. pág. 94.
- 15).- Ibid, pág. 93.
- 16).- Ibid. págs. 98-99.
- 17).- Ibid. pág. 99.
- 18).- Nietzsche, Fredrich. **Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie**. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, 1975. Tercera edición, pág. 214.
- 19).- Fink, Eugen. **La filosofía de Nietzsche**. Traducción de Andrés Sánchez Pascual Madrid, 1976, pág. 76.
- 20).- **Ecce Homo**, pág. 125.
- 21).- Deleuze, Gilles, **Nietzsche y la filosofía**. Traducción de Carmen Artal. Barcelona, Anagrama, 1971, pág. 47.
- 22).- Esta conferencia se halla en el primer tomito de su obra **Vorträge und Ansätze**

(Pfullingen, 1954) que todavía no ha sido traducida al castellano. El título podría ser Conferencias y ensayos.

- 23).- Heidegger, Martin. *¿Qué significa pensar?*. Traducción de Haraldo Kahne-mann. Buenos Aires, Nova, 1972, segunda edición, págs. 103-104. Hemos res-petado esta versión pero hemos querido puntualizar dos matices intercalando entre paréntesis el original alemán.
- 24).- Deleuze, Gilles. *Nietzsche y la filosofía*. Pág. 47.
- 25).- Ibid. y nota 5.
- 26).- *Así habló Zaratustra*. Pág. 39.
- 27).- Concluye aquí la primera parte de la conferencia sobre el Zaratustra, parte que responde al título de este artículo: «Presentación del Zaratustra de Nietzsche». A continuación venía una exposición de la filosofía del lenguaje de este sorpren-dente texto, exposición que defendía la tesis de que aquí se cumplían las consi-deraciones teóricas acerca del lenguaje contenidas en el *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Pero todo ello pertenece ya a «otra historia». Dejémosle, pues, para otra ocasión.

**NOTA DE LA REDACCIÓN:** La segunda parte de éste trabajo se dará a conocer en el próximo número de AURORA.



C-1627

# AURORA

*Revista de Filosofía*



N. 1 año: 1983

LOCKE. PARMENIDES. NIETZSCHE. LA FILOSOFIA. HEGEL. CODIGOS SOCIALES.  
CULTURA GRIEGA.

# AURORA

*Revista de Filosofía*

N. 1

año: 1983